

Historia de la Civilización de la Araucanía

**Tres tomos, por Tomas Guevara,
Santiago, 1898-1902**

A principios de 1861 acaeció un hecho que, con tomar un sesgo cómico al fin, vino a poner de manifiesto la necesidad de cerrar la Araucanía a la peligrosa presencia en ella de los aventureros. En 1861 se introdujo por Nacimiento al interior un francés llamado Aurelie de Tournes, que había estado antes en el territorio araucano en calidad de comerciante y que ahora se titulaba Orelie I, rey de la Araucanía. Con este nombre había publicado algunos artículos que nadie tomó en serio creyéndolos de un seudónimo. Consiguio llegar a las posiciones de Mañil, que ya había muerto, centenario, y ponerse al habla con Quilapán, hijo del anterior. Lo interesó con embustes en su proyecto de fundar un reino. Hubo una junta para oír sus planes. Colocado en el centro de los caciques, díjoles que venía a fundar un reino en nombre del monarca de España, para liberarles de la tiranía del gobierno chileno; les agregó que era su hermano y sacudió su cabellera de corte de melena. Esta circunstancia y las maneras corteses del aventurero, impresionaron favorablemente a algunos de sus oyentes, contra la opinión acertada de otros de mejor juicio, que sospechaban que todo esto eran simples embustes. Sin embargo, se le aclamó como aliado y se convino en celebrar otra reunión con los abajinos. El aventurero enarboló en seguida la bandera del futuro reino, verde y azul (1).

Los guías que lo habían conducido al interior, un lenguaraz de apellido López y otro llamado Juan Bautista Rosales, se asustaron de tan extraña aventura y, para no comprometerse en ella, dieron cuenta al gobernador de Nacimiento de lo que habían visto y sabido. El jefe del ejército de la frontera comunicó al ministro de la guerra, el 7 de enero de 1862, estos pormenores de la extravagante intentona del aventurero francés.

(1) Datos entregados por un indio que asistió a la reunión.

“El comandante de armas de Nacimiento, con fecha de ayer, me dice lo que sigue:

“Desde que di cuenta a V. S. de las noticias traídas por algunos comerciantes, i otras personas que salían de la tierra, referentes a los actos i operaciones que estaba poniendo en práctica el titulado “rei de los araucanos”, para mover los indios en contra del Gobierno i de lo establecido hasta hoi, esas noticias principiaron a llegar más continuadas i con un carácter más alarmante, hasta que el 4, cuando tenía un propio para mandar a los Anjeles a dar cuenta a V. S. de las noticias que hasta las tres de la tarde me habían llegado, recibí otro mandado de Canglo con una carta del mozo que de este pueblo salió acompañando al francés rei, en la que me incluía tres pagarés dados por Orelie Antonio I en su calidad de rei; i de palabra me decía por medio del propio, que su situación era la más aflijida por los pasos que ya tenía dados Orelie entre los indios, por las disposiciones de éstos en su favor i por lo que pensaba poner en práctica a continuación. Que si era auxiliado por mí con alguna jente resuelta, tal vez le sería posible apoderarse de él (Orelie), en el Malleco, donde el 4, a las doce del día, llegaría para tratar con el cacique Trintre invitado a dar ese paso por el cacique Fermín Melín.

“Como su señoría puede juzgar, las circunstancias eran difíciles; i de tomar medidas era preciso fuese pronto, porque concluido el negocio o entrevista con Trintre, Orelie regresaba al interior a continuar lo principiado con los caciques que ya estaban de acuerdo con él. Temía comprometer la existencia de los que fuesen a secundar las miras de Juan Bautista Rosales, que fue el que me hizo el propio, i también que, no desempeñada la comisión con el tino que era necesario, se diese lugar al incremento de la revuelta que con caracteres alarmantes se iniciaba. En esta situación me resolví a mandar una pequeña partida que puesta de acuerdo con Rosales sorprendiera a Orelie en el Malleco i lo condujese a esta plaza.

“A las nueve de la noche del día 4, don Lorenzo Villagra, el teniente de policía, Quintana, un cabo i cinco soldados de caballería cívica salieron de este pueblo a la empresa indicada.

“Di orden que desde Tolpán se adelantase una de las partidas para dar aviso a Rosales que se marchaba en su protección, i que después partiese otro a saber el resultado del primero; mientras tanto el resto de la partida marcharía diseminada i oculta, pero de modo que pudiesen protegerse en caso de ser atacados.

“El primer enviado dio noticia al segundo que Rosales estaba entreteniéndolo a Orelie en Los Perales a orillas del Malleco i a inmediaciones de un carrizal, pero que había algunos indios.

“La partida dejando asegurada su retaguardia, avanzó ocultamente, llegó al lugar en que estaba Orelie i echándose Quintana sobre él le quitó su espada obligándolo a montar a caballo, partiendo con la presa un poco más que lijero; i a las seis de la tarde del día de ayer se encontraba el rei de la Araucanía en este pueblo, rodeado de la multitud que compadecía ya a un loco que pudo ser de funestas consecuencias por la ignorancia de los indios tan propensos a dar crédito a lo fabuloso i embustero.

“Puesto en incomunicación Orelie, he mandado formar la sumaria que acompaño a V. S., así como un inventario de su equipaje, en el que se han encontrado dos de las banderas que llevó, i de las cuales hai algunas que repartió entre los caciques; muchos papeles, entre los que hai proclamas, proyectos para la organización del nuevo reino, cartas i solicitudes mandadas desde Francia para obtener destinos en la *Nueva Francia*, como la titula en sus papeles.

“Sin el sumo grado de ignorancia, fanatismo i preocupación de los indios, todo lo ocurrido no sería más que la repetición de lo que tantos locos han hecho. Pero la lectura que a la lijera he podido hacer de los papeles encontrados en la cartera i equipo de Orelie, me ha hecho ver con sentimiento que este loco ha tenido bastante talento para hacer tan locos a otros, que han llegado a creer en la realización de ese reino o nueva Francia.

“Orelie recibe el mejor tratamiento posible, compatible con su seguridad: se le ha entregado todo su equipo, reservando los papeles que mañana junto con su dueño remitiré a V. S. a los Anjeles.

“Para que su señoría se sirva aprobarlo, si lo tiene a bien, i ordenar el pago, pongo en su conocimiento que hasta hoi i sin contar los gastos que orijinará la conducción de Orelie a los Anjeles, he gastado de mi bolsillo 50 pesos.

“He creído justo premiar con un obsequio la buena voluntad i desinterés de don Lorenzo Villagra, que fue el encargado de la empresa. A Rosales he dado 10 pesos i a los cívicos una gratificación correspondiente.

“Luego comunicaré a V. E. lo que sepa del interior, referente al efecto que haya producido en el ánimo de los indios la captura del titulado rei de la Araucanía.

“Lo transcribo a V. S. advirtiéndole que el individuo a que se refiere la nota precedente se encuentra actualmente en la cárcel de esta ciudad, a disposición del juez del crimen para su juzgamiento.

“Aunque a simple vista hace creer sea un demente el dicho rei, sin embargo hai motivos para juzgarlo como un aventurero bien criminal, pues no cesó durante su permanencia en el territorio araucano, de seducir i halagar los instintos de los salvajes para atacar las plazas de la frontera, a cuya invitación se prestaron gustosas las diversas tribus. — Dios guarde a V. S. — *Cornelio Saavedra.*”

Mientras que se tramitaba el proceso, permaneció en la cárcel de Los Ángeles, de donde no se le permitió salir ni al hospital, con el pretexto de enfermedad. Condenado en primera y segunda instancia por el delito de perturbador del orden público, se le condujo a Santiago a disposición del intendente, para hacerlo salir del país. Por empeños de la colonia francesa y con el asentimiento del ministro de esta nacionalidad, se adoptó esta medida, habiéndolo declarado previamente loco el hábil juez de letras don Pedro Matus (1).

(1) Aurelie alcanzó a tener de secretario a un italiano llamado Pedro Tappa, compañero de aventuras en la Araucanía, donde quedó residiendo después algún tiempo. Se estableció más tarde en Collipulli. Archivo de la intendencia de Arauco. Noticias recogidas por el autor.

Con el lance de Orelie y la ocupación pacífica y sin obstáculos de Mulchén, el gobierno se persuadió de que el avance de la línea de frontera, además de ser urgente para vigilar más de cerca el asilo de aventureros y revoltosos y malhechores, no presentaría los peligros y enormes dificultades que los muy precavidos se imaginaban.

Por esto, cuando Saavedra reiteró su renuncia a principios de febrero de 1862, el presidente lo llamó a Santiago para conferenciar otra vez sobre el delicado problema que preocupaba la atención de los

estadistas dirigentes. Se trasladó, en efecto a Valparaíso a mediados de este mes. El resultado de la entrevista fue la resolución definitiva del supremo magistrado de apoyar a Saavedra en su plan de operaciones a la Araucanía. Cuando el presidente volvió a Santiago, se verificó un cambio de ministerio que hizo peligrar todavía el proyecto del comandante de la frontera, pues el jefe de él, don Manuel Antonio Tocornal, no le prestaba su aquiescencia. Hubo una junta de ministros a la cual asistió Saavedra y en la que Tocornal contradujo su proyecto como irrealizable o por lo menos como muy peligroso, ateniéndose al parecer de militares caracterizados. El autor del plan de ocupación de Araucanía expuso buenas razones a favor de la idea y concluyó asegurando que para llevarla a término se gastaría la cuarta parte de la suma que el ministro del interior señalaba como máximo, quinientos mil pesos. Hubo al fin de prevalecer la opinión del presidente de la república, y quedó acordado en esta reunión que en la primavera se iniciarían las operaciones militares (1).

(1) Horacio Lara, *Crónica de la Araucanía*, tomo II, pág. 216. Este libro escrito por lo general sin método ni propósitos históricos, tiene valor en los datos que su autor recogió de algunos jefes de la frontera, como los señores Cornelio Saavedra, Gregorio Urrutia y otros, que además lo ayudaron pecuniariamente en la impresión de su libro.

Vino a facilitar el proyecto de Saavedra un largo informe que emitió el general don José María de la Cruz, el 28 de abril, en el cual rebatía el dictamen del coronel Godoy y emitía ideas propias.

Regresó Saavedra a la frontera e inició en Nacimiento los preparativos para una expedición al interior. El primero de diciembre de 1862, movió hacia Angol por el camino de los cerros de Nahuelbuta, Maitenrehue y Pellomenco una división de 800 hombres compuesta del batallón cuarto de línea, la mitad del séptimo, un escuadrón del regimiento granaderos a caballo, cuatro piezas de artillería de montaña y una compañía de milicias cívicas. Servían de guías don Bartolomé Sepúlveda, vecino de Nacimiento, y su hijo don Daniel. Los víveres y elementos de construcción se transportaron en un convoy de quince lanchas, defendidas por un piquete de tropa que tenía orden de no provocar a los indios riberaños.

El comandante Saavedra había despachado con anterioridad a las tribus de Angol algunos emisarios conocidos de los caciques, para que les ofrecieran sueldos y les explicaran los propósitos pacíficos de la columna expedicionaria. Estos mismos comisionados llevaban el encargo de colocar agentes secretos en las diversas agrupaciones indígenas para que informasen de las ocurrencias de que tuvieran noticia.

El día 2 llegaba la división invasora al sitio en que se reúnen los riachuelos Picoiquén y Rehue. Cierta alarma se notó entre los indios que habitaban esos parajes, principalmente entre las mujeres que huían espantadas. Calmada con mensajes amistosos, regalos de bueyes, semillas y objetos la natural zozobra de los indios, que por fortuna no vivían muy agrupados en esa comarca, la ocupación quedó definitivamente realizada.

...

En tales condiciones, iban desapareciendo ya muchas dificultades en la empresa de incorporar a la república la región de la costa y faldas orientales de Nahuelbuta. Comprendiéndolo así el gobierno, se daban instrucciones al ejército de la frontera, por intermedio del ministro de la guerra, para que fundase nuevos establecimientos, necesarios para el desarrollo de la agricultura y el comercio. Se le comunicaba por último el propósito de extender las posesiones militares hasta las ruinas de Villarrica.

El coronel Saavedra se propuso tener un parlamento con los abajinos, para dar cumplimiento a este encargo y para impedir que las tribus sometidas a su autoridad se pusieran de acuerdo con los arribanos, que meditaban un levantamiento general. Se convino que la junta tuviera lugar en la llanura de Ipinco, que se extiende como a diez kilómetros al sureste de Purén, en el valle del mismo nombre.

El 24 de diciembre de 1869, concurren al lugar de la cita cerca de 1200 indios, dirigidos por los caciques Epuleo, de Maquehua; Vallunú, de Petrengue; Nahuelñío, de Quepe; Luis Lincoúl, de Maquehua; Venancio Coñuepán, de Repocura; Coilla, de Curaco; Guirrián, de Pangueco; Guirripíl, de Coihueco; Fermín Collío, de Renaco; Rañguileo, de Coli-Mallín; Curihual, de Malales; Guirrián, de Imperial; Guirripíl, de Temulemu; Pintrinllanca, de Riracahuin; Huenchullán y Huenchecal, de Arquenco; Antonio Painemal, de Imperial; Paineicura, de Cholchol; Lizama, de Conuco; Martín Leviguirri, de Tromén; Calhuill, de Hualvole; Millán, de Imperial; Rucán, de Volleco; Huenucoill y Cheuquecoi, de Imperial; Quiapi; Innal, de Carrill;

Juanico, de Imperial; Queupulli, de Volín; Paineo, de Pemurehue; Tripailao, De Cholchol; Catrileo, de Purén; Cheuquemilla, de Lingue; Marileo y Currileo, de Ipinco; Domingo Melín, de Lilpuilli; Norín y Porma-Ilanca, de Paicaví; Paillao, de Ranquihue; Pancho Mariñán, de Cañete.

Ahí estaba Venancio Coñoepán, el cacique patriota de los tiempos heroicos de la independencia, mortal enemigo en aquel entonces de los Catrileo y hoy reducido a la inacción por la edad avanzada. Había venido también el belicoso Melín, cabecilla de los abajinos sublevados (1).

Se sentó el coronel Saavedra bajo unos perales, a orillas del camino de Purén a Lumaco, en la posesión del indio Colli, y rodeado de los caciques, dio principio al acto con las formalidades de costumbre. Entre las ventajas que obtuvo de los indios en esta reunión figuraba en primer término el nombramiento de un "comisario o juez de paz", con residencia en Lumaco y con el mando de una pequeña partida de tropa; era en realidad una ocupación simulada. Tuvo oportunidad también el comandante general de producir una escena de grande efecto moral entre los bárbaros. El cacique Melín pidió la entrega de un terreno que ocupaba el anciano Catrileo. El coronel Saavedra repuso que estaba dispuesto a proteger con toda energía la posesión de tierras que ocupara este amigo y, leal servidor del gobierno. Protestó a su vez Catrileo de las pretensiones de su rival y obtuvo con este motivo una ovación de la mayoría de los indios presentes.

(1) Los Melines fueron varios, todos inquietos y batalladores. Eran de Lilpuilli, al sur de Sauces, pero cuando estaban en armas contra el gobierno, cambiaban de residencia; por esta causa cambiaban a veces el nombre del lugar en que vivían. Otro tanto sucedió en la independencia al cacique Coñoepán, cuyo poder se extendía desde Renaco a Repocura, en las dos márgenes del Cholchol, hasta Lumaco. Los Catrileo tenían su reducción en el lugar llamado Lovcollán, entre Ipinco y Lumaco, al sur de Purén. Huinca Pinolevi, primo hermano de Colipi, poseía tierras en Angol y Purén y casa en Nacimiento, donde se reunían los oficiales de la guarnición, a bailar con sus hijas.

Más encarnizada que en los años anteriores iba a ser la guerra en 1870. Los síntomas de nueva rebelión que se habían notado entre los araucanos moluches, tomaron a fines de 1869 caracteres de franca hostilidad. ¿A qué circunstancia se debía un cambio tan repentino? Era que había llegado a sus posesiones por el lado de la república Argentina el aventurero francés Orelie, su antiguo huésped y presunto libertador de 1861. Ahora venía con los mismos planes de independizar a los araucanos y fundar un reino.

La víctima principal de sus embustes tuvo que ser Quilapán, a quien le sugirió entre otras ideas de organización militar, la de rodearse de segundos ayudantes, algo así como un remedo de ministros o generales. Quedaron reconocidos en este carácter los caciques, Montri, Lemunao, de Perquenco; Quilahueque y Huentecol (1).

(1) Datos entregados por el cacique Juan Calvucurá, de Perquenco, hijo de Lemunao.

El 28 de diciembre de 1864 comunicó el general Pinto al comandante en jefe del litoral la noticia de haberse introducido el aventurero francés a la Araucanía por las pampas argentinas. Tanto para cerciorarse de este hecho como para pulsar el estado de ánimo de las tribus del sur de los ríos Imperial y Toltén, contrarias a la continuación de los trabajos de esta línea, el coronel Saavedra las convocó a todas a una junta.

Se trasladó en los primeros días de enero de 1870 a Toltén y celebró el 20 una reunión preparatoria con varios caciques. Después de algunas evasivas de los cabecillas indígenas, consiguió obtener informes que le permitieron confirmar que efectivamente Orelie se encontraba entre los arribanos.

El 22 tuvo lugar un segundo parlamento, más numeroso que el primero. Concurrieron a él todos los caciques de importancia de la zona mencionada, es decir, desde Maquehua hasta Bajo Imperial y desde Toltén hasta Villarrica. Se mostraron quejosos y exigentes por los trabajos de fortificación y de caminos; pero depusieron su enojo ante las explicaciones diplomáticas del coronel Saavedra, que insistió en manifestarles que se trataba de protegerlos contra los ataques de los moluches y los proyectos capciosos de un farsante extranjero. La reacción fue completa. Pudo así el jefe del ejército de la costa continuar su obra de ocupación.

Supo además el coronel Saavedra en este segundo parlamento el itinerario del viaje de Orelie a la Araucanía, que detalla en estos términos en su memoria de 1870.

"Desembarcado en el puerto de San Antonio, como a catorce leguas al sur de la desembocadura del río Negro en el Atlántico, pasó este río a la altura de la isla Choelchoel, donde estuvo a punto de morir a manos de cierta indiada que se hallaba reunida en dicha isla, debiendo su vida a la declaración que hizo de

que venía llamado por Quilapán, con el objeto de ponerse al frente de la guerra que iban a hacer los indios de Chile para recuperar sus tierras.

“Desde el punto indicado se dirigió por el antiguo camino de carretas que costea aquel gran río, acompañado de un cacique de la reducción de Neculmán, con quien yo mismo he hablado en Toltén, i penetró por la cordillera de Lonaquimai, pasando de allí al campo de Quilapán, donde principió los manejos que conocemos, anunciando desde luego la próxima llegada de elementos i recursos en un buque que en el mes de marzo vendría por el Pacífico. Marco este último detalle con el objeto de hacer notar a V. S. la extraña coincidencia de haber recalado a las aguas del Corral, en la fecha anunciada, el conocido vapor de guerra francés *D'Entrecasteaux*, según me lo comunicó el señor Intendente de Valdivia, i que por la importancia ulterior que ello pudiera tener dejo consignado. Se sabe que aquel malvado extranjero ha recibido ya comunicaciones que le han sido remitidas directamente a través de la pampa, por algunos de los puertos del Atlántico, que seguramente será el ya citado de San Antonio.”

Era necesario, por lo tanto, proceder con energía y rapidez, para tomar o arrojar del territorio al aventurero francés y hacer un despliegue de fuerza que alentara a las agrupaciones aliadas y barriese hacia los Andes a las enemigas. Para la ejecución de este plan debían obrar combinadamente los ejércitos de la costa y del centro. En efecto, el comandante en jefe del primero mandó organizar en Purén una división de 600 hombres de las tres armas, que puso a las órdenes del comandante del séptimo de línea, don Mauricio Muñoz. Como segundo jefe iba el sargento mayor don Francisco Barceló, que mandaba tres compañías de su cuerpo, el cuarto de infantería.

Aunque de la línea del Malleco no pudo movilizarse simultáneamente ninguna fuerza, la de Purén emprendió su marcha el 19 de febrero en dirección al este. Llevaba instrucciones de alcanzar hasta las orillas del Cautín. Los indios rebeldes no presentaron resistencia en ninguna parte y huyeron a las cordilleras del oriente. Los campos y habitaciones sufrieron la obligada destrucción que en ellos hizo la fuerza de Muñoz, el cual regresó a Purén en los primeros días de marzo (1).

Quilapán no era hombre para desanimarse con una campaña de sus enemigos; por esta misma fecha alistaba sus elementos bélicos para resistir la invasión. El estado mayor supo en Angol por diversos conductos los preparativos del indomable cacique. Uno de los bandoleros refugiados entre los indios insurrectos que fue aprehendido, comunicó sobre el particular estas noticias:

“Quilapán tiene como 300 indios y 150 españoles armados, porque un francés que llaman rey le llevó dos cargas de municiones y algunos revólveres. Quilapán ha mandado correos a la cordillera y república Argentina para conquistar gente y espera reunir 3000 hombres para atacar la línea. El francés rey aguarda de la fecha en tres meses más o menos, un vapor que traerá tropa y la hará salir a tierra cerca de Valdivia. Dicen que el rey tiene mucho dinero en moneda de oro, paga a los soldados a 30 pesos mensuales y aseguran que de la línea le va gente y con ésta forma su fuerza.

“Se dice en la reducción de Leviú que pronto saldrá de esta plaza una división, pero los indios están dispuestos a no hacer defensa; sus ganados los tienen al otro lado del Cautín; por consiguiente nada tienen que perder (2).”

En tales circunstancias el general Pinto pidió al ministerio que la división de Purén se incorporase al ejército del Malleco; lo que se ordenó dentro de poco, juntamente con la suspensión de las operaciones sobre Villarrica.

(1) Parte del comandante Muñoz.

(2) Archivo de la comandancia de armas de Cautín.

Con este refuerzo pudo el general en jefe de la alta frontera lanzar en el mes de marzo dos expediciones al territorio indígena. Una, que mandaba el teniente coronel don Nicanor Silva Arraigada, se movió hasta las orillas del Cautín. En pos de ésta se despachó otra de las tres armas desde Collipulli, dirigida por el comandante don Benito Wormald, que llegó también hasta las márgenes del Cautín.

Des del mes de abril de 1870, la guerra entró a su período de mayor actividad, en virtud de un decreto supremo que mandó poner en campaña el ejército y que se publicó en Angol por el siguiente bando.

“José Manuel Pinto, General en jefe, Intendente i Comandante General de Armas de la provincia de Arauco.

“Por cuanto: el señor Ministro de la Guerra con fecha 2 del actual, me comunica el supremo decreto que sigue:

A fin de hacer cesar el estado permanente de rebelión en que se encuentran diversas tribus araucanas, manifestado por repetidos actos de punible hostilidad, vengo en decretar: Se declaran en campaña las fuerzas destinadas a la alta i baja frontera para su guarnición, señalándose como puntos de asamblea los departamentos de Nacimiento, Angol, Lebu e Imperial. Tómese razón i comuníquese.—Por tanto i para que llegue al conocimiento de todos, publíquese por bando i fíjense carteles en los lugares públicos de costumbre.—Dado en Angol, en mi sala despacho, a 12 de abril de 1870.—*J. Manuel Pinto.*”

Se sucedieron desde entonces las expediciones contra los araucanos, sugestionados por los malévolos consejos del aventurero francés.

El 7 de mayo salió una división de 440 hombres hacia las indiadas de Chanco. Lo comandaba el sargento mayor del séptimo de línea don Federico Valenzuela. Al llegar esta tropa al riachuelo Dumo, se adelantaron 240 hombres de los escuadrones de Nacimiento, Mulchén y Pile, al mando del capitán de línea don Bonifacio Burgos, y cayeron en la noche del 12 sobre las reducciones de los caciques Pailahueque, Ñancucho y Pancho. Mataron 13 indios, tomaron 15 prisioneros y gran cantidad de animales (1).

(1) El cacique Pancho, ya viejo pero siempre animoso, dirigió a los indios que en 1890 fueron a saludar al presidente Balmaceda a Collipulli, cuando inauguró el puente del Malleco.

Al comenzar este mes había movilizado igualmente el coronel Saavedra desde Purén hasta el centro de la Araucanía otra división de 450 hombres y 150 indios aliados, a cargo del comandante del cuarto de línea don José Domingo Amunátegui. “Los resultados fueron semejantes a los que anteriormente habían salido del mismo punto: fuga de los araucanos i arrasamiento de sus campos i rucas en conformidad a las órdenes que llevaba, lo que siempre es conveniente para debilitar sus recursos i operaciones, i apercibirlos de los efectos de la guerra que provocan” (1).

A principios de junio, en pleno invierno, y cuando los indios se hallaban por lo mismo persuadidos de la inmovilidad de las tropas de la línea del Malleco, salieron para Púa y Perquenco, donde los famosos caciques Pailahueque y Montri 528 hombres que dirigía otra vez el sargento mayor don Federico Valenzuela. Cerca del objetivo de la campaña, se confió de nuevo al capitán Burgos una sorpresa al mando de 75 individuos de caballería. En este ataque y otros sufrieron los indios la pérdida de 30 hombres y 1200 animales; sólo se tomaron dos mujeres prisioneras (2).

(1) Memoria del coronel Saavedra, 1870.

(2) Apuntes de los servicios del sargento mayor graduado don Bonifacio Burgos, que existe en poder del autor. El general Pinto recomendó su comportamiento al mayor Valenzuela y pidió al Gobierno que lo ascendiera a teniente coronel.

En esta ocasión como en otras semejantes, las tribus amagadas huían a caballo a las orillas del río Cautín, que cruzaban a nado si el caudal de agua impedía hacerlo de otro modo. Se verificaba entonces un verdadero éxodo, una carrera colosal, en que las mujeres, cabalgando a horcajadas o abiertas de piernas como ahora, se escapaban por cerros y pantanos, tan veloces como los hombres. Es difícil hallar entre los pueblos inferiores una mujer más heroica y resignada que la araucana.

Pero a pesar de todo, los moluches no se atemorizaban. En los primeros días de julio atravesaron furtivamente el Malleco y en la noche del 13 regresaron a repararlo cerca de Collipulli, por dos puntos diferentes. Avisado por una partida de observación el jefe de servicio, que era el mayor graduado Burgos, los acometió con medio batallón del tercero de línea y consiguió quitarles el botín de animales que llevaban, algunas lanzas y una bandera, pues habían aprendido a usar esta insignia de combate desde que peleaba entre ellos Orelie.

A los pocos días de este fracaso, el 28 de julio, dieron un malón a las posesiones de Catrimalal, de la jurisdicción de Angol (1).

(1) El documento que se copia a continuación da a conocer uno de los objetivos de estas correrías vandálicas de los araucanos. “Relación de las personas que se llevaron los indios en el asalto que dieron a Catrimalal a la media noche del 28 de del presente:

“A Juana Aguilera, como de 30 años, soltera, con dos hijos. Esta mujer es hija de Francisco Aguilera. El uno de 5 años llamado José Antonio i el otro de 6 meses llamado Gregorio. A Dolores Aguilera, de 6 años i a Lorenzo Aguilera de 4 años. Estos últimos son hijos

de María Rafaela Aguilera, viuda, que se les pudo fugar a los indios cuando les hicieron fuego al pasar por el fortín de Lolenco. A Olegario Aguilera, de 12 años, A Juana de la Cruz, de 8 años i a Bartolo, de 3 años. Estos tres son hijos de María Ismenia Erice, mujer de Francisco Aguilera, casado segunda vez. A Rosa Catrileo, mujer de Antonio Coria, ambos naturales; a Juanita de 3 años i a María del Carmen, de 10 meses, hijos de los anteriores. A Bautista Barra, de 12 años, hijo del ciego Leonardo Barra; a Narcisa Parada, española, mujer del natural Lorenzo Cárialo, hijo del natural José Cruz Cárialo.

“También dejaron heridas a tres mujeres, una española i dos naturales, la primera Feliciano Santander i las segundas Tránsito Chepa i Juana Millalco.”

En el mismo día 28 salió a perseguirlos el jefe del Estado Mayor don José Francisco Gana con un destacamento ligero. Caminando con sigilo y de trasnochada, fue a amanecer a Pidima, como a 5 kilómetros de Collipulli. Cayó sobre algunos grupos descuidados y pudo tomar unos pocos prisioneros; los demás se fugaron a las montañas del interior.

Las serranías de Canglo y Quechereguas, a pesar de la corta distancia con el Malleco, servían de albergue y punto de reunión a un buen número de guerreros naturales y bandidos chilenos que acechaban la oportunidad para hacer incursiones hostiles o unirse con los arribanos. El cacique jefe de estas tribus era Leviú. El estado mayor resolvió enviar el 3 de agosto un destacamento de línea a las órdenes del sargento mayor don Pedro Antonio Guiñes, para matar de raíz la insurrección por ese lado.

La manera de hacer la guerra a los indios por estas partidas ligeras que se desprendían del ejército, puede conocerse en las siguientes instrucciones que se dieron al comandante de ésta:

“Angol, agosto 3 de 1870.—Instrucciones al sarjento mayor don Pedro Antonio Guiñes, comandante de la división que debe operar en los puntos de Canglo i Quechereguas.

1.º En marcha desde esta plaza se dirigirá al punto de Canglo con las fuerzas que van bajo sus órdenes, que son 80 infantes del segundo, 40 cazadores, 50 granaderos, algunos indios amigos i milicianos, debiendo estar en el indicado punto al venir el día.

2.º Tomará datos de los guías que lleva del lugar más poblado de indios, de donde se hallan los cautivos de Catrimalal i los animales que tengan, para darles una sorpresa i arrear con todo lo que encuentre para esta plaza.

3.º Si en ese lugar i sus alrededores no encontrase una buena presa, se acampará en él durante el día i continuará su marcha a Quechereguas, después de la oración, de modo que llegue a él al aclarar para proceder del mismo modo que en el punto anterior; hecho lo cual, dispondrá su vuelta a esta plaza, con todas las precauciones que las circunstancias requieran.—Dé orden al señor jeneral.—*José Francisco Gana*.—Adición: trate Ud. Por todos los medios posibles de tomar a los hijos del indio Leviú, para lo cual hará que el lenguaraz Lorenzo López le dé los datos necesarios para conseguir este objetivo i los demás de su comisión, pues es el que conoce más, de los que lleva, esos lugares.—*Gana*.”

El resultado de esta jornada fue como el de todas las demás: asaltada por sorpresa la reducción del cacique Leviú, se consiguió capturar a 46 indígenas de los dos sexos; los otros huyeron y pronto quedaron fuera del alcance de los asaltantes.

Era difícil sorprender a reducciones enteras de araucanos; porque, como vivían diseminados en un largo espacio de terreno, aunque a la vista los conjuntos de rucas, se iban dando con el cuerno de guerra la voz de alarma desde el primer momento de peligro. En pocos minutos, 10 kilómetros de habitaciones estaban en movimiento.

Ningún efecto produjo este golpe en las indias rebeldes; pues varias fracciones unidas atravesaron la línea militar y llegaron hasta el río Renaico, para entregarse al pillaje y a toda clase de excesos en las propiedades de chilenos ya formadas en esa zona. El sargento mayor don Manuel Bulnes salió a perseguirlos desde la plaza de Collipulli y, dándoles alcance en Huequén, los sableó vigorosamente y les quitó parte de la presa.

El mismo jefe de estado mayor, coronel Gana, partió al día siguiente con una columna en dirección a Adencul, entre las actuales poblaciones de Victoria y Traiguén. Se reunía ahí una gruesa banda de guerreros araucanos. Habiendo llegado de repente, produjo la dispersión y pudo capturar apenas unos pocos. Duró esta excursión hasta el 13 de agosto.

En los meses que siguieron del año 1870, las dos secciones de la línea del Malleco no se daban reposo para observar los movimientos de los araucanos en toda la extensión de la frontera, para cerrarles el paso hacia el norte y continuar las obras de defensa.

El 5 de diciembre se desprendió al interior una división de 350 hombres de las tres armas, para hostilizar a los indios y destruirles sus sembrados. La mandaba el sargento mayor don Adolfo Holley. Se internó esta fuerza por Canglo, y recorriendo la zona comprendida entre este punto y el río Quino, remontó por la margen izquierda de éste hasta el lugar denominado "Las Cardas." En un ataque sorpresivo perecieron algunos indios y un cacique: Vutahuentro. Trayendo 14 prisioneros, volvió esta tropa a sus cuarteles el 12 del mismo mes.

Al llegar el año de 1871, la línea del Malleco formaba en conjunto una obra de fortificación inexpugnable. Continuaba dividida en dos secciones: Primera, que se extendía desde Angol hasta Chihuaihue, y Segunda, desde aquí hasta Curaco. Los fuertes primitivos se habían mejorado y construido otros de menores dimensiones, bajo la dirección de un cuerpo de ingenieros militares, de quienes eran jefes el coronel Gana y el sargento mayor don Raimundo Anieta. En las montañas de Curaco y Rucapillán existían faenas de elaborar maderas para los trabajos de cuarteles y fortificaciones.

En el mes de enero el ejército constaba de 2455 hombres, de los batallones segundo, tercero y séptimo de línea, tercer escuadrón de cazadores a caballo, regimiento de granaderos, escuadrones número dos y tres de Nacimiento y partidas de observación de la primera y segunda secciones. Guarnecían estos cuerpos las plazas y fuertes de Chihuaihue, Lolenco, Cancura, Collipulli, Mariluan, Perasco, Curaco, torre 5 de enero, Huequén, Tigueral Rucapillán, Angol, Colhué, torres de Maipú, de Alcázar y Las Heras, puente del Malleco, Coronado, Esperanza y trabajos del canal (1).

(1) Estado del cuartel general del 31 de diciembre de 1870.

La línea fortificada se hallaba también unida por telégrafo desde Angol hasta Collipulli; lo que permitía reconcentrar fuerzas con mayor prontitud en cualquier lugar.

Por último, a la caballería de línea se le cambió la carabina Minié por la de repetición Spencer. La infantería conservaba aún el fusil rayado de fulminante.

A pesar de este poder insuperable para los araucanos, los moluches de Quilapán se reunieron en sus posesiones, en número que pasaba de 1000, y se dirigieron el 25 de enero a la plaza de Collipulli, a dar un golpe de mano atrevido. Era el ejército más numeroso que habían reunido en el transcurso de ese largo levantamiento. Lo mandaban un hermano y un hijo de Quilapán, llamados Epuleo y Namuncurá.

Se acercaron al pueblo por diversos puntos. El gobernador militar y comandante de la segunda sección, teniente coronel don José Vicente Arredondo, dispuso la resistencia. El sargento mayor don Bonifacio Burgos, al mando de la compañía de infantería cívica del lugar, cooperó a la defensa.

El más serio de los choques de este día tuvo lugar entre Collipulli y Perasco. Tan luego como se supo la aproximación de los indios por el lado de este fuerte, una partida de vecinos que no alcanzaba a un centenar, se armó de escopetas, revólveres, lanzas y sables y salió a encontrarlos. Iban todos a caballo y se contaban entre ellos algunos cívicos.

Cerca de Perasco avistaron a los arribanos, que no bajaban de 600. Temerosos los vecinos de Collipulli de una carga desproporcionada, echaron pie a tierra, y teniendo de la brida sus cabalgaduras, se ocultaron en un rozo de los que sirven para dividir propiedades. Un grupo de indios avanza por uno de los costados, pasa corriendo por el frente de los vecinos ocultos con una sorda y feroz gritería; era un reconocimiento. Por el lado opuesto repite otro igual carrera y en seguida se adelanta el grueso del cuerpo indígena.

Los paisanos se atemorizan, disparan unas cuantas armas de fuego y salen del foso para subir en sus caballos y huir. Algunos indios que marchan adelante, toman ese movimiento por el principio de una acometida, se detienen primero y después retroceden; los de atrás, sin saber nada, contramarchan también. La confusión y el atropello producen la desbandada general.

Los vecinos de Collipulli se precipitan en pos de los indios, que huyen hacia el Malleco y detienen de cuando en cuando a sus perseguidores esgrimiendo sus lanzas o sus boleadoras. Se dirigen al paso de las piedras o Toscas, cerca de Reñán. En el camino que corta la barranca para descender al río, alguien había atravesado en el día un roble. Al encontrar obstruida la bajada los araucanos, poseídos por el pánico, se despeñan desde lo alto de las barrancas del Malleco, muy escarpadas en ese sitio, y forman abajo una aglomeración de hombres y caballos, muertos o heridos. Llegan los de Collipulli, bajan a pie la barranca y matan a mansalva a los que no han podido huir.

Percieron 64 indios y dejaron abandonados más de 60 caballos y 100 lanzas (1).

Sin pérdida de tiempo el estado mayor despachó el mismo día en persecución de los arribanos una división de 325 hombres de las tres armas, que mandaba el mayor Holley y que llegó hasta la margen norte del río Cautín. En ligeros encuentros que tuvo en su marcha, mató esta tropa al cacique Huaiquilao y 9 prisioneros (2).

(1) Hojas de servicios de Arredondo y Burgos. Datos entregados por personas que concurren a este hecho de armas.

(2) Hoja de servicios del mayor Holley.

Entre los encuentros más notables de esta última rebelión, hay que recordar uno que se efectuó un poco al norte de Collipulli. El teniente don David Marzán, de granaderos a caballo, sitiado por un crecido grupo de indios se defendió heroicamente con un piquete de su tropa en el lugar llamado "Monte Redondo". Poniendo los soldados de mampuesto en sus caballos las carabinas Spencer, rompieron un nutrido fuego contra los indios, que, como en su carrera, con gran sorpresa por lo seguido del fuego, se arremolinaron y huyeron. Marzán tuvo algunos heridos, entre los que figuraban los oficiales Lermanda y Salustio Guzmán.

Entretanto el coronel Saavedra no descansaba un instante en mantener y adelantar la ocupación por el occidente. El 25 de enero de 1871 celebró en Lumaco un parlamento con los abajinos, que facilitó la pacífica fundación del fuerte y caserío del mismo nombre. Desde esta posición militar, las tribus rebeldes podían ser atacadas en cualquier momento por el flanco y la retaguardia; aseguraba definitivamente la línea del Malleco.

Estrechados por todas partes y en la necesidad de cosechar sus escasos sembrados, tuvieron que sosegar al fin los arribanos.

El ejército de la frontera se redujo por este motivo en el mes de febrero a 1730 hombres, y se aumentaron los trabajos de fortificación.

Los activos y fogosos caciques moluches no se resignaron a vivir en paz. La concentración de todas estas tribus en propósitos guerreros, recogida de una serie de generaciones y favorecida por la constitución física de este territorio, no podía extinguirse en un momento dado.

Los repetidos encuentros de este levantamiento habían perfeccionado sus costumbres bélicas; la astucia constituía el fondo de su estrategia, astucia que se ponía en juego para espiar al enemigo, armarle una emboscada, sorprenderlo o burlarlo en sus persecuciones. Como todas las razas inferiores, los araucanos eran crueles inconscientemente. Antes de combatir se excitaban con su gritería característica.

En esta época según las matrículas que la autoridad militar mandó formar, casi no había indio que no tuviera una cicatriz o algún miembro fracturado.

No siendo posible la resistencia en la Araucanía, comenzaron a organizar sus huestes para ir a pelear a las pampas argentinas. Dirigían esta organización los caciques Purrán, de los Pehuenches, y Montri de Perquenco (1).

En septiembre y octubre comenzaron a presentarse a las autoridades de las plazas militares algunos jefes de las reducciones belicosas, a los que se agasajaba con el recibimiento acostumbrado (2).

Sólo Quilapán no fue a rendir homenaje de obediencia a los conquistadores de su suelo. Empujado al otro lado del Cautín, se radicó en Loncoche, al este del actual pueblo de Lautaro. Ahí escondido entre los bosques vivió odiando a los españoles y entregado a la crianza de animales. Tuvo tres mujeres y murió como en 1881, de intoxicación alcohólica. Los suyos lo sepultaron con todo sigilo al lado de los restos de su padre Mañil, que él había trasladado de Adencul a Chanco y después a Loncoche.

Antes que la Araucanía se tranquilizara, Orelie había huido al Atlántico por las pampas argentinas. Un indio del cacique Lemunao, de Perquenco, lo fue a dejar hasta las posesiones del famoso Juan Calvucurá, de Salinas Grandes, su deudo y amigo. Lo mandó a encaminar éste hasta las costas patagónicas, de donde se embarcó para su patria (3).

(1) Archivo de la intendencia de Malleco. Aún vive un hermano de Montri, anciano alto y vigoroso, a quien los indios de Perquenco reconocen con el nombre de "Sargento Montri".

(2) Datos entregados por Juana Mallén, mujer de Quilapán, que aún vive muy anciana en Loncoche.

(3) Datos entregados por el cacique de Perquenco Juan Calvucurá, hijo de Lemunao, y ahijado de su homónimo de Salinas Grandes.